

y el bellissimo golfo de Nicoya y la Isla de Chira, y los Negritos, y el ancho y majestuoso Oceano Pacífico! Y su amante compañero, el más hermoso loro de toda la parvada, con su gentil mancha de grana coronando la graciosa cabeza, sus plumas negras y rojas al extremo de las alas de esmeralda! Y cómo se le acerca y murmura a su lado encantadoras frases de amor... y le dice: «Buenas tardes»... ¿A cómo tiene el cacao?»...

—«A ocho!» contestó instintivamente la lorita al despertar sobresaltada balanceándose en el palo colgante en casa de Mamita Antolina.

Y ésta apareció a despachar al parroquiano, secándose las manos en los pliegues de su limpiísimo delantal de tela criolla de algodón.

—Espácheme seis reales, prontico, porque voy pa Escasú y me coge la noche bajando la cuesta de los Anonos, dijo el cliente jinete en su menuda pero firme mula de paso.

La buena vieja le acomodó en las alforjas de cabuya torcida el envoltorito conteniendo la preciosa mercancía, a cambio de los seis relucientes tientos de cortadilla de plata con la *cruz* y el *quinto* de la casa de moneda.

Y vuelta la calma, la lorita con la satisfacción del deber cumplido, sacudió sus plumas, restregó el pico contra las uñas de cada pata y entonó el bien conocido «Lorita real del Portugal, vestida de verde y sin medio real, úrria, lorita!» terminado lo cual se dedicó concienzudamente a la tarea de reducir el diámetro de la estaca a las recias tenazadas de su pico de pederal.

El sábado siguiente, llega de nuevo nuestro comprador, para su mula al frente de la escualida casucha de Mamita Antolina y sin saludar ni preguntar, grita desde la calle: Upééé!—Ave María!

A las voces del enojado parroquiano, sale Mamita Antolina a inquirir las causas de su enojo.

—Gratia Plena! ¿Qué se le ofrece, ñor Candelario? ¿Viene a llevar cacao?

—Sí, pero no mercao, sino el que es mío propio. El fueves le merqué seis reales a ocho y usted me lo contó a cuatro y como yo no la vide contar jué y m'engañó! Achará la cara de formalidá que tiene y entantico quiuno se descuida no le mide legal!

—Qué está usted diciendo, hombre de Dios! ¿Cuándo le he dicho a usted que el cacao estaba a más de cuatro manos? Todos saben que desde antes de Córpus se vende a cuatro!

—A ocho! a ocho me dijo usted desde la cocina, el fueves ya escureciendo!—Yo lo oí clarito, y por eso jué que me ecedí a mercar seis reales. Y el trato es trato, y el cristiano por la palabra y el güey por la cachadura!

—Bueno, ñor Candelario, si usted dice que se lo ofrecí a ocho, a ocho se lo daré...

—Por este chiquero de cruces;—contestó el viejo, cruzando los diez dedos de las manos y besando cada cruz con sincera unción.

—Pero yo también le juro por lo más sagrado, que no fuí yo la que le dijo que a ocho, fué esa maldita lora cavilosa que aprendió a decir «a ocho» cuando por tantos años el cacao se vendía a ese precio.

Medieron más protestas de una y otra parte; el caso quedó arreglado, el hombre se largó refunfuñando y Mamita Antolina, herida en lo más íntimo de su dignidad y su limpiísima reputación de mujer honrada y verídica, desahogó su coraje sobre la verde parlanchina, origen, fuente, brote y causa del serio disgusto.

Cabizbaja, semidesnuda, achucullada y maltrecha quedó la lorita, no ya columpiándose en la percha de la sala doméstica, sino en la rugosa y musgosa, polvorienta y reseca rama de un poró de la cerca en el fondo del patio, entre patos y gallinas, chanchos y palomitas de Castilla,

Y aquí viene el caso maravilloso a que aludí al principio de mi histórico relato.

Un perrillo ladrón había sido arrojado a palos del corral vecino y como alma que lleva el diablo atravesó por un portillo de la desvencijada cerca y se guareció al amparo de los dominios señoriales de Mamita Antolina, con quien la vecina no había celebrado tratado de extradición. La lora, al oírlo chillar y al verlo perniquebrado y contuso, obedeciendo a los feroces instintos y duros sentimientos que sólo en la raza humana tienen dominio, alegrándose del mal ajeno, soltó estruendosa carcajada, y entre silbos y burlas, exclamó:

—«Ja, ja!—¿Vos también dijiste que a ocho?»

MAGÓN

New York, junio 27 de 1919.

¿Sabe usted cuál es el último libro de Dr. José Ingenieros?
Se titula

LAS DOCTRINAS DE AMEGHINO

La Tierra, la Vida y el Hombre. Exposición sistemática, con numerosos esquemas y grabados. Dedicada a los maestros de escuela.

Puede conseguirlo al precio de \$ 3-00 en la Administración del REPERTORIO.

Lea el REPERTORIO y recoméndelo a sus amigos.

Los patillos

EN estos tiempos ha habido ocasión de hablar mucho acerca de los «patillos»,—que acaso no sean los mismos pintorescos conchos de Aquileo. Pero poco nos hemos preocupado por comprender realmente qué significan dentro de la vida nacional. Y lo que más nos importaría conocer, quizá se ha manifestado a plenitud en los acontecimientos que han dado pie a que anden los «patillos» de lengua en lengua. Los más se han conformado con reir sabrosamente a costa de ellos; otros han anotado lo que solemos llamar su inconciencia, ya lamentándola, ya para reprochárselos despectivamente. Mas lo que hace falta y con urgencia, la actitud inquisitiva, la preocupación, el ánimo de acción, la determinación de precisar y afrontar problemas,—todo eso, de donde se originan las empresas de construcción cívica y social, todo apenas si asoma tras un raquítrico florecer de observaciones. Y a nadie parecerá osada ni nueva la afirmación de que los «patillos» plantean ante el país el mayor problema. Porque ellos constituyen el país; porque son la materia con que se va construyendo, la fuente primordial de sus fuerzas vivas; la substancia y al tiempo el poder que la plasma y la conforma a un plan. Hay un grave error, muy peligroso, en imaginar a la masa campesina como algo adherido simplemente a la vida urbana y sin contactos íntimos, profundos, con ella; sin capacidad determinante,—en todas direcciones,—de las formas que aquélla afecta. Es precisamente tal error el que se ha hecho palpable en los acontecimientos recientes.

Vengo viviendo entre «patillos» desde principios del año y algo de cerca los he mirado. Mucho, a través de sus hijos, éstos que al amparo del tiempo serán si no patillos, cosa semejante, a la cual, en su hora, le dará el nombre conveniente, sabia e irónica, la observación popular. He visto al padre, al peón, al ciudadano, al hombre, superficialmente sin duda, pero tal vez en una amplia superficie.

He visto a ñor Juan Portuguez, octogenario jugador de gallos, gran conversador y a quien agradezco el encargo de llevarle su correspondencia y contabilidad; a Ramón Rojas, petrimetre del caserío, que adorna el sombrero con una pluma de pavo real; a ñor Raimundo, de cepa de patriarcas, padre de una buena chiquilla que me obsequia margaritas; a Florinda, Débora y «demás muchachas del barrio», a los mozos afamados, a la comadre que heredó los menesteres y secretos